

Un hospital flotante para un país que naufraga

Mientras escribo estas palabras, el USNS Comfort, un buque hospital de clase mundial, está completando su escala en Haití.

El hecho de que sea un buen momento para que este barco misericordioso esté en Haití, es un reflejo directo de lo mal que es para todos los demás estar en Haití.

No hay absolutamente nadie en Haití que no se vea afectado por la crisis actual.

También es evidente que cuanto más pobre seas, mayor será la devastación para ti y tu familia como resultado de esta crisis, y menor será tu oportunidad de recuperación.

Quiero tener cuidado de no tergiversar las trágicas circunstancias que vive el pueblo haitiano.

Al igual que cuando se produce un accidente en la carretera, los conductores que pasan de largo mirando con curiosidad, a menudo desprovistos de cualquier deseo urgente de ayudar, tiene el efecto de obstruir el tráfico e interferir con el rescate. De manera similar, no quiero, con estas palabras, ser parte de la mirada curiosa y desafecta de Haití.

Hacer eso sería simplemente enumerar las innumerables tragedias y dificultades, y detenerse allí.

Darí­a una falsa impresi3n de que las personas son propensas a la violencia, que nada puede mejorar aqu­ı y que no hay esperanza. Especialmente no quiero dar esta impresi3n, que no hay esperanza.

Saber qu­e hacer a continuaci3n requiere primero una mirada firme, valiente y penetrante, desde un lugar interior de silencio y equilibrio, una mirada que alterna entre estar enfocado y observar con perspectiva.

Desde un punto de vista amplio, nos dar­ıamos cuenta de inmediato de cu­antos pa­ıses, en todo el mundo, est­an sufriendo enormes levantamientos populares y amargas divisiones internas. El nacionalismo creciente y exclusivo, el racismo descarado, la discriminaci3n alarmante basada en la raza, el credo, la clase, el color y el g­enero est­an llevando a poblaciones enteras a un punto de ebullici3n.

Cuando se agrega a esto a la emergencia de una patolog­ıa social, representada por el suicidio a gran escala, la creciente adicci3n a las drogas, evidencias amplias y profundas de abuso sexual, el tr­afico de personas, el terrorismo dom­estico y los tiroteos masivos, y la epidemia de depresi3n, el punto de ebullici3n se convierte en una bomba.

Lo que es peor, cuando alguien que est­a viviendo esta realidad en lugar de escuchar puntos de vista equilibrados, discusiones sensatas, consejos de colegas o autoridades de confianza, y en lugar de participar en un di­alogo esclarecedor que conduzca a pasos pr­acticos para salir de la crisis, por el contrario, escucha

opiniones públicas enojadas y tóxicas, y a través de los medios de comunicación (convencionales y sociales) que a menudo prefieren avivar los incendios, oye difamaciones indiscriminadas, el fomento de la división y el odio, la difusión de noticias falsas y mentiras descaradas y la incitación a la violencia, todo se vuelve cada vez más confuso y desorientador.

Dadas las circunstancias, es difícil aprender a "ser el cambio que nos gustaría ver", guiados por los "mejores ángeles de nuestra naturaleza".

Como es el caso en Haití, la causa de muchos de los levantamientos son enormes frustraciones porque la vida es cada vez más difícil de vivir.

La moneda local devaluada, la inflación vertiginosa, el aumento de la desnutrición y el hambre generalizada, el asombroso desempleo, los informes de corrupción masiva en los líderes políticos, describen un escenario mortal en letras claras.

La vida es imposible, absolutamente imposible, tal como son las cosas ahora. Se exige cambio.

A menudo sucede en la vida que la creciente energía en torno al cambio puede ser secuestrada por intereses políticos, religiosos o comerciales, o también por el crimen organizado.

En nuestras circunstancias, las carreteras están a menudo bloqueadas, en llamas y peligrosas. La gente está prisionera en sus hogares o barrios. Puerto

Príncipe está aislado de las provincias, y viceversa, por supuesto.

Las empresas y los bancos a menudo están cerrados y con frecuencia atacados. Las escuelas no han podido abrir desde septiembre, y cualquiera que intente desafiar a la oposición abriendo la escuela sabe muy bien a lo que se enfrenta.

Los enfermos no pueden llegar a los hospitales, ni el oxígeno, ni el combustible, ni los suministros, ni siquiera los médicos.

La fruta de los huertos y granjas no puede llegar a la ciudad. Se pudre en muelles y en camiones.

El hambre es el problema de la mayoría, la desnutrición está aumentando rápidamente. Estamos al borde de la guerra civil.

Hay armas en miles de manos. Son enormes armas de guerra.

La basura está por todas partes en las calles infestadas de gánsters, y los delincuentes están presentes en todos los niveles del orden social y político.

Nuestras salas de emergencias y nuestra morgue cuentan la historia de las calles y del país: los niños esqueléticos, los conductores de motocicletas que no vieron el alambre colgado a la altura del cuello cruzando las barricadas, la gente golpeada con piedras y botellas

rotas que les magullan, rasgan y rompen, las víctimas llenas de heridas de entrada y salida de bala.

Es como si ya no existieran inhibiciones y controles saludables que pudieran controlar nuestros peores instintos

¿Qué pasó con los imperativos morales, sociales, cívicos y legales que ayudaron a subvertir nuestras tendencias destructivas?

En cambio, en esta era, todas las tendencias, incluso las más malvadas, tienen reinado libre.

¿Estamos presenciando, en Haití y más allá, el fin de una forma de vida civilizada?

En los Estados Unidos, la gran mayoría de las personas están angustiadas por tanto suicidio, drogadicción, violencia, estadismo por embrollo y división.

Cambiarían todo esto en un minuto, si pudieran.

Pero ellos no pueden.

Mucho de eso está fuera del alcance.

La mayoría de las personas son víctimas de este profundo malestar y luchan por aprender cómo convertirse en agentes de cambio.

Es lo mismo con el pueblo de Haití. No están de acuerdo en absoluto con lo que le está sucediendo al país.

Pero no ven cómo cambiar la pobreza, el desempleo, la corrupción y la violencia que se abre y cierra como un grifo

También luchan por aprender a ser agentes de cambio.

Hoy, habiendo tenido que viajar dos veces al puerto y al centro de Puerto Príncipe, no es exagerado decir que la Grand Rue y el mercado principal son como zonas de guerra.

Escuchamos disparos cerca y lejos, todo ardía y está destruido. También a nosotros nos encañonaron con armas

Es desconcertante decirlo suavemente.

Pero las personas a las que fuimos llamados para ayudar eran víctimas inocentes de disparos. Dos mujeres que cayeron fulminadas por el agotamiento (literalmente, simplemente cayeron muertas). Y dos que ya estaban muertos en las calles y necesitan ser enterradas.

Y, sin embargo, cuando los protagonistas de esta violencia le dan a la gente unos días libres violentos para comprar comida y agua e ir a la iglesia, ves estas mismas calles llenas de colores vibrantes de ropa, vegetales, frutas y productos.

De repente, como tras la lluvia en el desierto, una oleada de vida.

Ves al fabricante de sandalias haciendo suelas con llantas viejas.

Ves ancianos deambulando para encontrar comida saludando a sus amistades.

Ves a madres e hijos caminando cuidadosamente por el barro, llevando un trapo para limpiar sus zapatos cuando lleguen a su destino

Ves enfermos transportados en carretillas para recibir ayuda.

Ves al hombre que fabrica herramientas calentando viejo hierro corrugado al rojo vivo, avivando una llama mediante una llanta mientras monta una bicicleta estática con un ventilador giratorio en lugar de una rueda, soplando aire a través de un silenciador de automóvil viejo hacia la llanta, calentando la placa de hierro colocada sobre la llanta del neumático, sobre la cual la barra se vuelve flexible, y las espadas se pueden moldear en ganchos de poda.

(Y él hace esto, en la calle, a 95 grados de calor).

Ves la vida volver de inmediato, y con una llamarada. Qué gran sensación es verlo y trabajar duro para protegerlo y fortalecerlo.

Pasaremos los próximos días, llevando medicamentos, alimentos y suministros a algunos hospitales estrangulados en las provincias.

También traeremos oxígeno y combustible.

Haremos esto en un barco remolcador, para evitar todos los bloqueos infestados de pandillas.

Podemos ayudar porque para nosotros la Navidad llegó temprano: el US Comfort nos regaló 105 paletas de medicamentos y suministros. Esta bendición ahora será compartida. Los panes y los peces se multiplicarán.

Juntos, en *Nos Petits Freres y Soeurs*, y la Fundación *St Luke*, hacemos nuestra propia revolución. La revolución de cuidar de las personas, que permanecen juntas en los buenos y malos momentos, en la enfermedad y la salud, para bien y para mal. Somos familia. Somos la familia de Dios. Todas las personas de la tierra.

¿Te unirás a nuestra revolución?

No hemos renunciado a Haití ni a nuestro mundo. Estamos llenos de esperanza y ansiosos por mantener el fuego de la esperanza nutriendo acciones buenas y útiles.

Por favor, no nos abandones tu tampoco

Tu ayuda es más necesaria que nunca, y suma acción sobre acción a la gran obra que estamos haciendo juntos

para la gloria de Dios y el mejoramiento del pueblo de Dios.

P. Rick Frechette CP DO
Puerto Príncipe
11 de noviembre de 2019